

Las crónicas desde el...

critor épico de la tradición centroeuropea, que se extiende desde Kafka hasta Thomas Bernhard, y se caracteriza por el absurdo y el exceso grotesco".

"No puedo creer que soy un ganador del Nobel, pero me siento feliz", fueron las primeras palabras de Krasznahorkai, que recibió la noticia en Alemania, uno de los países donde reside además de Hungría. "Pienso ahora en la reacción de Samuel Beckett después de recibir su Nobel... su primera frase fue '¡qué catástrofe!'. Por eso digo que esto es más que una catástrofe: es felicidad y orgullo", agregó, sumando a otro autor más a la larga lista de nombres de la que surge su escritura: partiendo por Kafka, siguiendo por Dostoievski, Melville, Gogol, Proust, Thomas Pynchon, Tolstoi y, por supuesto, Cervantes, su obra también es el eco de las tradiciones más clásicas de la literatura contemporánea.

Nacido en Gyula, en el sur de Hungría, el 5 de enero de 1954, Krasznahorkai suele decir que ha estado escribiendo un solo libro en toda su trayectoria, enhebrado por sus novelas "Tango satánico", "Melancolía de la resistencia" (1989), "Guerra y guerra" (1999) y "El barón Wenckheim vuelve a casa" (2016). Y aunque es reacio a plantear su escritura como política, en esos libros late una crítica muy dura en contra del régimen soviético que controló su Hungría. Y en ese sentido, ha escrito una crónica sobre las derrotas de su país. "Soy el escritor del fracaso. Sé que no debería, pero es lo que hay", le dijo al diario El País el año pasado, tras ganar el Premio Formentor.

Lo vasto y caótico

"Porque ¿un circo? ¿Aquí? ¿Cuando nadie sabe si no se va a hundir la tierra mañana mismo? ¿Cuando la ciudad es toda ella una continua amenaza? ¿Quién tiene ganas de divertirse en medio de este caos? ¿Qué broma de mal gusto es esta? ¿Qué idea más inconcebible y cruel! ¿No será que... de eso se trata, precisamente, de que... ya todo da igual?", se lee en las primeras páginas de "Melancolía de la resistencia", la segunda novela de Krasznahorkai, una comedia oscura y melancólica ambientada en un pueblo perdido de Hungría al que llega un circo que trae nada menos que una ballena. También vienen noticias: la Unión Soviética se está hundiendo.

Cuando Krasznahorkai publicó "Melancolía de la resistencia" ya estaba lejos de los días que vivía en pueblos perdidos de Hungría. Siguiendo a Kafka, había pasado unas semanas estudiando derecho y luego había cursado literatura. A mediados de los 80 estaba instalado en Budapest y trabajaba en guiones con Béla Tarr. Su trayectoria incluía una época adolescente tocando el piano en un trío de jazz, con Thelonious Monk como modelo. Iba a dejar la música, pero en su escritura el ritmo es fundamental para llevar a cabo la pieza característica de sus libros: frases largas que se extienden por páginas, a veces sin nada más que comas, y que van sumando personajes e historias hasta moldear una épica vertiginosa y dramática.

"Mis frases quieren plasmar esta complejidad, la imposibilidad de simplificar aquello que es vasto y caótico. Cada frase es un viaje, una exploración que empuja tanto al personaje como al lector a los límites de su comprensión. No aspiro a agotar al lector, sino a invitarlo a sumergirse en este caos para que pueda experimentar lo que mis personajes viven en este mundo desolado", explicaba el escritor hace unos años, y añadía que su sistema partía en su cabeza: atrapa una de las frases que atravesaban constantemente su mente, se iba con ella y solo la seguía donde fuera.

Tras la publicación de "Melancolía de la resistencia", Krasznahorkai consiguió por fin que las autoridades le dieran un pasaporte para salir del país. Y a inicios de los 90 inició sus viajes por el mundo: no solo por Europa, sino también por Oriente, visitando Mongolia, China y Japón. En parte, de ahí la otra veta de su escritura: en los libros "Al Norte la montaña, al Sur el lago, al Oeste el camino, al Este el río" (2003) y "Y Seiobo descendió a la Tierra" (2008), el escritor explora la historia de la cultura oriental suspendiendo la pesada oscuridad que puebla sus otros libros. La primera está ambientada íntegramente en Japón, mientras que la segunda se mueve por el mundo: Seiobo, una deidad japonesa, busca en tradiciones japonesas, pinturas rusas, obras del Renacimiento en Italia o la Acrópolis de Grecia, la belleza de la humanidad.

El otro lado del mundo también lo había seducido. En 1996 pasó una temporada en Nueva York, alojado en la casa del poeta Allen Ginsberg, una celebridad de la cultura que por las noches despertaba y dejaba entrar a toda clase de artistas y escritores. "Nunca les dije que era de Gyula, pero nunca pude olvidarlo. En realidad, era el mismo chico provinciano, solo que sin pelo y con algunos dientes menos, que se quedó en shock cuando se sentó en la cocina junto a Allen y entraron esos músicos, poetas, pintores... personas inmortales", contó Krasznahorkai, que ocupaba el día para escribir una novela que en parte ocurría en Manhattan, "Guerra y guerra".

Publicada en 1999, "Guerra y guerra" es probablemente la novela más accesible del escritor, pese a que mantiene su estilo de frases interminables que dejan sin aliento. Pero la trama aparece con más claridad: sigue el viaje de Korin, un archivero de un pueblito perdido de Hungría que, desesperado por la burocracia y también por la insignificancia ante la historia, decide suicidarse. Pero antes de hacerlo encuentra en la biblioteca en que trabaja el testimonio de dos soldados que regresan a casa tras la Segunda Guerra Mundial y decide difundirlo lo más ampliamente. En su intento, viaja a Budapest y Nueva York. La narración de Krasznahorkai es vertiginosa y desesperada, pero también es cómica.

Mi inspiración más profunda es la amargura. Me entristece profundamente pensar en el estado del mundo de hoy. Vivimos tiempos muy oscuros y necesitamos mucha más fuerza para sobrevivir que antes".

VIENE DE E 1



UNA IMAGEN de "Satantango", la adaptación al cine del primer libro de Krasznahorkai, dirigida por Béla Tarr.



No puedo creer que soy un ganador del Nobel, pero me siento feliz. Pienso en la reacción de Samuel Beckett; su primera frase fue '¡qué catástrofe!'. Es más que una catástrofe: es felicidad y orgullo".

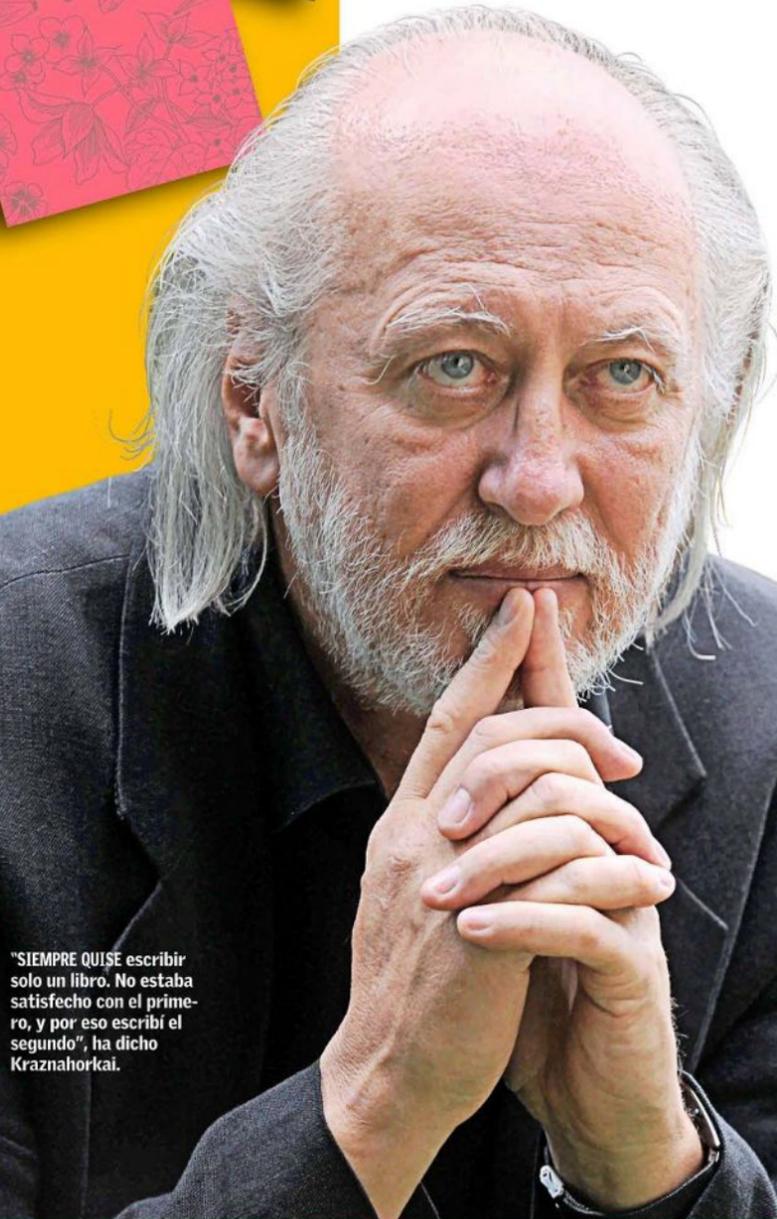
El maestro húngaro

Mientras escribía "Guerra y guerra", Krasznahorkai se codeó con los círculos literarios internacionales y empezó el rumor sobre su obra. En esos años se escribieron dos frases que por estos días se repiten con insistencia: "La universalidad de la visión de Krasznahorkai rivaliza con la de 'Las almas muertas' de Gogol y supera con creces todas las preocupaciones menores de la literatura contemporánea", dijo el autor alemán W. G. Sebald, y poco después la ensayista estadounidense, clave en el descubrimiento de autores en los márgenes, Susan Sontag, anotó: "El maestro húngaro contemporáneo del apocalipsis que inspira comparaciones con Gogol y Melville".

La frase de Sontag funciona como guía para leer a Krasznahorkai: sus novelas parecen estar montadas sobre ruinas de un mundo que se acabó. Él mismo ha abordado el tema: "El apocalipsis no es un acontecimiento único, como amenaza la profecía del Juicio Final del Nuevo Testamento. El apocalipsis es un proceso que lleva mucho tiempo en marcha y que continuará durante mucho tiempo. El apocalipsis es ahora. El apocalipsis es un juicio continuo", dijo el escritor en febrero pasado.

Publicado en español desde inicios de este siglo por editorial Acanalado, al castellano ha sido traducido por el autor de origen chileno Adán Kovacsics, que entiende la descripción de Sontag: "No es un escritor político, pero su obra es una respuesta a la realidad. Krasznahorkai ve una lucha descarnada por el poder. Es un escritor apocalíptico, en que la destrucción tiene un papel muy importante", dice, y cuenta que está traduciendo la novela "Herschel 07769", que tiene solo un largo párrafo: cuenta la historia de un limpiador de grafitis en Alemania que le escribe cartas a la canciller Angela Merkel para alertarla de la destrucción del mundo.

"Estamos en una pausa, un parón de la historia, que ocurre cuando la historia hace crack y podemos ver las profundidades, al menos algunos. Y no estamos hablando de cambios políticos, es una corriente de fondo. El hecho de que haya tantos libros y tan poca gente leyendo o que los niños no sean capaces de leer más de media página es un síntoma. Estamos en mitad de un cambio muy significativo y lo digital es solo una pizquita de ese cambio", decía el año pasado Krasznahorkai, que ayer, tras enterarse de que había ganado el Nobel, explicó de dónde venía su obra: "Mi inspiración más profunda es la amargura. Me entristece profundamente pensar en el estado del mundo de hoy. Vivimos tiempos muy oscuros y necesitamos mucha más fuerza para sobrevivir que antes. Deseo que todos recuperemos la capacidad de usar nuestra fantasía".



"SIEMPRE QUISE escribir solo un libro. No estaba satisfecho con el primero, y por eso escribí el segundo", ha dicho Krasznahorkai.

El castillo de László Krasznahorkai

MARÍA JOSÉ NAVIA

Ha dicho que siempre está pensando en Kafka y él mismo podría ser uno de sus personajes. Basta dejar la primera letra de su apellido, ese que en algún minuto fue Korin y que su abuelo luego cambió a Krasznahorkai, quizás por una canción de la época que hablaba de un castillo triste en el que todo es oscuro y sin esperanza. O basta mirar con atención algunas de sus obras, como la más amable para ingresar a su mundo, "Al Norte la montaña, al Sur el lago, al Oeste el camino, al Este el río", y ese nieto del príncipe Genji que nunca parece llegar a ese jardín que busca: un jardín diminuto, escondido dentro de un monasterio lejano. Ese jardín al que el personaje llega por culpa de un libro cuya lectura desata la obsesión y que después pierde. Podría ser un relato a la manera de "Las ciudades invisibles de Calvino", pero, entre la luz y la descripción de la belleza, también hay peces con alfileres en sus ojos y animales destrozados que llegan a agonizar, en su desesperación resignada, a la sombra de un ginkgo. Es el absurdo, es la espera. Esa que mutará a esperanza oscura o luminosa desesperanza, como la ha llamado más de algún estudioso, en sus obras más extensas y desafiantes como "Satantango", "Guerra y Guerra" o "Melancolía de la Resistencia" donde leemos (en traducción al español de Adán Kovacsics): "...el orden de las costumbres había quedado en entredicho, el caos se expandía sin freno y destruía los hábitos diarios, el futuro era pérfidamente oscuro, el pasado, imposible de recordar, y el funcionamiento de la vida cotidiana se había vuelto hasta tal punto imprevisible que solo se podía reaccionar con resignación, pues incluso era concebible que ya no se abriera ninguna puerta y que el trigo creciera hacia el interior de la tierra". Sin embargo, lo oscuro y esa sensación de fin de mundo o universo estancado que entregan algunas de las obras de László Krasznahorkai trae siempre el brillo de un humor filosófico, o el destello de la pureza en personajes como Estikeen "Satantango". Historias en las que la naturaleza también muestra sus garras en medio de la belleza, en las que la lluvia cae sin cesar y que los hogares no pueden mantener a raya (nada protege, o nunca del todo, a los personajes de Krasznahorkai; la comunidad se fragmenta, lo que se espera no llega), pero también la paciencia de contemplar el resplandor del agua y su movimiento, o una garza que de pronto se queda quieta. Caos, sí, pero también (peros sobre todo) atención minuciosa. Frases largas y casi sin puntos finales, porque el punto final debe ser para Dios, o así ha dicho el autor en sus entrevistas. Oraciones largas, porque, cuando él comenzó a escribir, en Hungría, todos lo hacían en frases cortas, algo que le parecía artificial e, incluso, autoritario. Porque la conversación y el diálogo debe darse en idas y vueltas. Porque la urgencia es violenta. Así, las oraciones sinuosas de Krasznahorkai nos van acostumbrando a su particular vaivén y a su celebración de la literatura (también ese es un diálogo, una conversación infinita, una forma de la paciencia). En ellas nos perdemos por pasillos de bibliotecas o recorremos la ciudad de Nueva York siguiendo la pista del autor Herman Melville y de la obsesión por él de Malcolm Lowry (cuyo "Bajo el volcán" es una de las biblias de Krasznahorkai) en los zapatos de un hombre llamado Melville (ahora sin la e final), cuyo acto de rebeldía es no entregar un libro solicitado en la biblioteca en la que trabaja, en "Spadework for a Palace" (aún no traducida al español, pero disponible en inglés y, en mi opinión, uno de sus libros más bellos), o buscamos preservar un manuscrito antes de tomar una decisión fatal en "Guerra y guerra". Y es que, en la obra de este autor húngaro, en medio de las turbulencias, se asoman los libros. Sus historias, sí, pero también su materialidad, su condición de objeto. El papel de los libros antiguos; sus ceremonias, su preservación en antiguos templos. Y un mundo de personajes que se repiten, que se asoman en "Satantango" para reaparecer después; personajes en lugares abandonados de Hungría o en viajes por Japón, como en un motivo musical.

El de Krasznahorkai fue un premio Nobel sin sorpresa, pero muy celebrado: el autor llevaba ya varios años obteniendo importantes galardones como el Prix Formentor, quedando en la lista corta del National Books Critics Circle Award, ganando el Booker Prize, entre otros. Era de los autores favoritos para ganar este año. Es un premio a una obra desafiante y a una imaginación prodigiosa. A una oscuridad que no esconde el humor y el absurdo, y que aún tiene espacio para la belleza (en libros increíbles como "Seiobo descendió a la Tierra", en el que incluso un capítulo se lee desde las pistas de un crucigrama). Una obra que va desafiando los límites de lo que consideramos una novela, un cuento, para seguir celebrando la maravilla que es aún la literatura en un mundo difícil como el nuestro. Un castillo al que, por suerte, sí podemos acceder.

María José Navia, escritora y académica Letras UC.